

## DISCURSOS DE RECEPCION AL MARISCAL JOSIP BROZ TITO

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, DON EUGENIO GONZALEZ R., EN EL ACTO DE RECEPCION COMO DOCTOR HONORIS CAUSA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA SOCIALISTA FEDERATIVA DE YUGOSLAVIA, MARISCAL JOSIP BROZ TITO

La encrucijada de la historia en que se encuentran ahora —por primera vez solidariamente responsables— los pueblos y los Estados del mundo, hace que la inquieta atención de todos los hombres se mantenga fija en aquellas personalidades que, como expresión y símbolo de los movimientos nacionales, transforman en hechos determinantes los fuertes impulsos de la conciencia colectiva. Entre ellas, con acentuados rasgos de patriótica firmeza que le dan una solvencia ejemplar, está la del señor Presidente de la República Socialista Federativa de Yugoslavia, que hoy tenemos entre nosotros.

Por encima de los sentimientos contradictorios que siempre se agitan alrededor de tales personalidades, de las tensiones y antagonismos que suscitan sus propósitos y actitudes, de la fuerza ciega con que intereses tradicionales y préjuicios pertinaces resisten sus iniciativas renovadoras, ellas prosiguen su trascendente tarea, robustecidas y estimuladas por la confianza y la cooperación de sus pueblos que, como todos los pueblos, sólo aspiran entrañablemente a que impere sobre la tierra un orden moral y social basado en la paz, la justicia y la libertad.

Junto a los Jefes de Estado de Occidente y Oriente que tienen la responsabilidad mayor en las grandes decisiones que afectan el curso de los acontecimientos mundiales, el señor Presidente de Yugoslavia está contribuyendo, en importante medida, a determinar la fisonomía histórica de nuestra época. Esta es razón suficiente para que la Universidad de Chile —institución de cultura y, por lo mismo, de progreso—, le tribute el homenaje de su respeto, incorporándolo a su cuadro de honor.

Nadie ignora el apasionado patriotismo con que él condujo la resistencia nacional frente al invasor prepotente, durante la Segunda Guerra Mundial: supo imprimirle un carácter que la hizo legendaria bajo su valerosa dirección. Hombres y mujeres de las más diversas clases y condiciones mantuvieron, a lo largo de años aciagos, con precarios recursos pero con indómita voluntad, una campaña heroica para recuperar la independencia perdida. Durante ella, se identificó con su pueblo su-

frente en el peligro compartido de todos los días, en la entrega sin regateos de los mayores esfuerzos, en la alentadora esperanza de un porvenir donde el hombre con su trabajo libre hiciera más bellas la tierra y la vida.

Lograda al fin la liberación nacional, fue necesario liberar también al pueblo yugoslavo de otro enemigo, tan funesto para su dignidad como el que fuera abatido por las armas: la injusticia social. Había que introducir profundos cambios en las estructuras básicas de la sociedad y del Estado: planificar nacionalmente la economía de una manera realista que, conservando los incentivos humanos de una libre emulación de trabajadores y empresas, resguardara el interés social; fundar las relaciones del trabajo y la producción en la observancia de estrictas normas de justicia y en vivos sentimientos de solidaridad; establecer mecanismos que, a través de los municipios, los sindicatos y otras organizaciones intermedias entre los individuos y el Estado, permitan el funcionamiento de una democracia creadora.

El señor Presidente, como Jefe de Estado, afrontó esta nueva responsabilidad con la misma resuelta constancia que había puesto, como caudillo militar, al servicio de la liberación nacional. Pero ninguna reforma social puede desarrollarse positivamente si los pueblos y los Estados viven en angustiosa tensión ante la aterradora perspectiva de la guerra científica. De ahí que sea, en nuestros días, el primer imperativo de la conciencia política la lucha por una auténtica paz mundial, por la coexistencia armónica de los distintos regímenes económico-sociales que la historia ha hecho surgir, por la integración constructiva de sus intereses en un sistema de convivencia abierta que preserve los valores de la cultura y extienda los beneficios de la civilización a todos los hombres de todos los pueblos.

La lucha por la paz está, pues, en el primer lugar de las obligaciones de todo estadista verdadero. Ninguna otra puede obligar más, en la profundidad de su sentido ético, a cada ser humano y, superiormente, a quienes los pueblos han hecho depositarios de su confianza y de su esperanza. Así lo ha comprendido el señor Presidente y es él, en el plano de la política internacional, un activo propulsor de las iniciativas que tienden a estabilizar y consolidar las relaciones pacíficas entre los Estados, a eliminar los peligros del armamentismo nuclear de bloques antagónicos y a procurar que los poderes puestos a disposición del hombre por la ciencia y la técnica no sean empleados para destruirlo, sino para dignificarlo, liberándolo de enojosas servidumbres.

Señor Presidente: Hijos de la patria yugoslava vinieron hace tiempo a establecerse en nuestro país. Aquí roturaron campos, fundaron empresas, levantaron sus hogares. Ahora sus descendientes están contribuyendo —en las ciencias y las artes, en la industria, en el comercio, en las profesiones, dentro de esta misma Universidad— al progreso de Chile. Puede Ud. estar orgulloso de ellos. Basta esta circunstancia para que Ud., la señora Broz y todos los integrantes de su selecta comitiva, no sean entre nosotros extraños sino amigos a quienes acogemos con since-

ra cordialidad. Al recibirlo en este solemne acto académico y otorgarle la máxima distinción de la Universidad de Chile, saludo en Ud., señor Presidente, al alto personero de un noble pueblo, al patriota que en horas de infortunio encarnó lo mejor de su espíritu combativo, al estadista que sabe interpretar sus aspiraciones y, sobre todo, al servidor de la causa de la paz, que es la causa de la Humanidad.

DISCURSO PRONUNCIADO POR S. E. EL MARISCAL JOSIP BROZ TITO, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA SOCIALISTA FEDERATIVA DE YUGOSLAVIA, EN EL ACTO DE SU RECEPCION COMO DOCTOR HONORIS CAUSA EN LA UNIVERSIDAD DE CHILE

Señor Rector, señores catedráticos y estudiantes, queridos amigos:

Me siento altamente honrado con el título de Doctor "Honoris causa" de la Universidad de Chile, que hoy me ha sido conferido, y por el cual expreso mi más sincero agradecimiento. Este sentimiento es muy natural por ser esta magna institución, fundada hace 120 años por Andrés Bello, la que viene formando durante lustros un gran número de destacadas personalidades de vuestro país, mundialmente conocidas. Vuestra magna institución sigue ocupando hoy día un importante papel en la vida de Chile, mediante el cual está contribuyendo a la formación de hombres que en el presente o en el futuro serán artífices de vuestra vida estatal, política, económica y cultural.

Aprecio particularmente el que este alto título me haya sido conferido en ocasión de mi visita oficial a Chile —realizada a invitación amable de vuestro estimado Presidente, señor Alessandri—, considerándolo como una expresión más de los sentimientos de amistad que unen a nuestros pueblos, no obstante la enorme distancia geográfica entre nuestros países.

Hallándome hoy aquí, entre los componentes de la joven generación de Chile, quisiera primeramente transmitir a ustedes y a todos los jóvenes de vuestro país, los saludos de nuestros pueblos y especialmente los de nuestra juventud y de nuestros estudiantes, que han dado una gran contribución, en la reciente historia de Yugoslavia, tanto a la lucha por la libertad del país, durante la Segunda Guerra Mundial, como a la reconstrucción en la postguerra. Nuestra juventud se interesa cada vez más por el desarrollo de este gran Continente y por las realizaciones culturales de los países de América Latina. Sus simpatías han sido particularmente conquistadas por la vitalidad y el talento de vuestros pueblos, revelados en la arquitectura, en las artes, en los deportes y en otras actividades. Estoy convencido que en los años venideros tendrá lugar también un mayor conocimiento y acercamiento mutuos entre nuestros jóvenes en torno a lo que atrae su particular interés, dentro del marco del desarrollo de las relaciones de amistad entre nuestro país y los países de América Latina.

En nuestro país, como ya lo sabéis seguramente, hemos logrado notables resultados en el desarrollo de postguerra, tanto en el campo eco-

nómico como educativo y escolar y otros. En comparación con la situación y el número de las escuelas en la preguerra, y en particular con respecto al número de instituciones universitarias y su situación, se han operado cambios en la nueva Yugoslavia que a este respecto no se puede comparar la situación anterior con la actual. A título de ejemplo quisiera mencionar sólo que en 1962 se recibieron más estudiantes que durante toda la década 1930-1939 en Yugoslavia de preguerra. Actualmente tenemos 123 facultades, escuelas superiores y academias de artes, en las que había, durante el año escolar 1962/1963, 111.628 estudiantes matriculados. Considero como importante el hecho de haberse logrado crear una amplia red de escuelas superiores y conseguido que la enseñanza superior sea asequible a todos nuestros ciudadanos. La gran afluencia de estudiantes a las universidades se debe al sistema de enseñanza primaria obligatoria de ocho años y al sistema de becas, como también a la posibilidad que se ha facilitado a los obreros y a los trabajadores en general, para que puedan matricularse en las universidades, bajo determinadas condiciones, sin terminar previamente una escuela media. La reciente reforma escolar ha hecho más fácil el paso de las escuelas medias a las escuelas superiores y más flexible el sistema de enseñanza superior, adaptándolo a las necesidades del desarrollo económico.

Quisiera añadir también que todas las escuelas superiores en nuestro país son instituciones autónomas. Su autonomía queda garantizada por la Constitución y la Ley. Los Consejos y las Direcciones de las Universidades y de las Facultades resuelven automáticamente sobre todos los problemas esenciales inherentes a dichas instituciones: elección del personal docente, programas de estudios, financiamiento y otros problemas similares.

Nuestras Universidades colaboran cada vez más activamente con las Universidades de un gran número de países y yo espero que en el futuro se desarrollará una beneficiosa colaboración recíproca con vuestra magna institución.

En nuestro país la formación de un mayor número posible de especialistas no obedece únicamente a las necesidades del desarrollo interior de Yugoslavia, sino también a las necesidades de la colaboración internacional en nuestra época. Desplegando la colaboración amistosa con un gran número de nuevos Estados independientes y países en desarrollo, nosotros hemos enviado a dichos países, dentro de los límites de nuestra posibilidades, un número relativamente elevado de nuestros expertos. Al propio tiempo, en las Universidades de nuestro país se halla estudiando un considerable número de estudiantes extranjeros, en su mayoría procedentes precisamente de los países en desarrollo, becados mayormente por nuestro Gobierno.

Señor Rector, señores:

En esta época atómica, todos los hombres del mundo, y especialmente la joven generación, están interesados en conocer las perspectivas que ofrece el desarrollo de las relaciones internacionales. Los acontecimientos contemporáneos señalan que ya no se puede hablar siquiera de des-

tinios aislados de diferentes pueblos y países, ni de acontecimientos que no ejercieren influencia en los demás y que no causaren efectos en un plano internacional más amplio. El mundo actual se está convirtiendo en un todo único, no obstante diferentes divisiones, diversidades y contradicciones. Esto se ve, por lo demás, de la mejor manera, en el desarrollo de la Organización de las Naciones Unidas, en cuanto a su universalidad, y en el papel cada vez más importante y las actividades desplegadas por una serie de organizaciones y agencias internacionales.

Igualmente, es difícil hoy separar o dividir los problemas internacionales en políticos, económicos o sociales y considerarlos como materias absolutamente independientes. En el tiempo presente, cuando un gran número de países y pueblos inician el camino de un acelerado desarrollo social y económico, en la era actual de integraciones económicas, es indispensable tener presentes también todas las consecuencias políticas, sociológicas y otras que implican estos y otros procesos similares.

En estos tiempos presenciamos grandes cambios motivados por el desarrollo jamás visto de la ciencia y la técnica. Vivimos en los tiempos de los vuelos del hombre en el Cosmos, de la aplicación de la automatización en la industria, de los cerebros electrónicos y de toda una serie de innovaciones tecnológicas que ofrecen a los hombres una posibilidad para aprovechar con muchísima más facilidad, eficacia y utilidad que nunca antes las fuentes de recursos naturales disponibles. Aunque en el mundo todavía existe el problema de la alimentación, e incluso el del hambre, los medios de trabajo modernos y otras realizaciones de la ciencia y de la técnica, ofrecen la posibilidad para asegurar a todos los hombres del mundo favorables condiciones de vida.

En cuanto a las relaciones internacionales, ha llegado definitivamente el tiempo en que son generalmente reconocidos los derechos de los pueblos a la autodeterminación, a la independencia y al camino del desarrollo y de modo de vivir propios, y en que empiezan a aplicarse cada vez más estos derechos. Ha crecido notablemente el número de países independientes, lo cual se refleja también en el hecho de que se ha duplicado el número de miembros de las Naciones Unidas. Los nuevos países independientes y sus pueblos se están incorporando activamente en la vida de la comunidad internacional, aportándole su contribución en diferentes sectores de la vida y del trabajo.

Los nuevos Estados independientes y los países en desarrollo buscan caminos propios de desarrollo económico y social, esperando la comprensión y ayuda de la comunidad internacional. Por otro lado, la existencia de diferentes sistemas sociales ha creado igualmente toda una serie de cambios en las relaciones internacionales. Es evidente pues, en consideración de ello y de todo lo demás, que nuestra época se caracteriza por grandes cambios que se están operando en el mundo, a veces pacíficos, y a veces violentos. El carácter complejo de dichos cambios y procesos nos impone la necesidad de comprender con mayor realismo los acontecimientos contemporáneos y de abordar más realísticamente su solución.

Todos sabemos que hoy existe una serie de grandes problemas internacionales, algunos heredados de la Segunda Guerra Mundial, otros producidos por la guerra fría, y algunos de ellos que son simple resultado de las determinadas leyes del desarrollo histórico. Durante los últimos lustros, la Humanidad se vio varias veces enfrentada con peligrosas crisis en el mundo, hallándose al borde de una nueva guerra mundial. Todos recordamos bien, por ejemplo, los sucesos en torno a Suez, la crisis del Caribe a fines del año pasado y otros acontecimientos. El hecho de que en tales casos se hayan hallado soluciones aun parciales y se haya eliminado un peligro inmediato, puede animarnos, ya que señala que no sólo la amplia opinión mundial, sino también los estadistas responsables son conscientes del peligro que implica la política desde las posiciones de la fuerza.

En los últimos tiempos, la guerra ha sido enérgicamente condenada en la vida internacional, tanto en su aspecto moral, como político y jurídico, como medio de resolver litigios, lo cual ha tenido un reflejo también en la Carta de las Naciones Unidas. Ahora es indispensable condenar decidida y públicamente también la política que conduce al empleo de la fuerza y al estallido de guerras, política que no sólo significa no respetar la integridad territorial y la soberanía ajenas, sino que también significa no respetar la voluntad de otros pueblos en lo que se refiere a la elección de formas de sistema social-político y de caminos de desarrollo.

La Declaración de Belgrado de los Jefes de Estado y de Gobierno de 25 países no alineados, ha destacado que "la Humanidad nunca disponía de mayores fuerzas para eliminar la guerra". Un estado de ánimo parecido se ha manifestado también en las Naciones Unidas. Sería muy beneficioso, por cierto, que las Naciones Unidas, además de las medidas concretas que adoptan con respecto al mantenimiento de la paz, al logro del desarme total y general, y otras medidas, elaboren aún más y codifiquen para el uso de la comunidad internacional principios concretos de la política de coexistencia, adaptando así mejor las relaciones internacionales a las necesidades y al espíritu de nuestra época.

Las fuerzas de la paz en el mundo han crecido hoy mucho y se han fortalecido, lo cual se ha manifestado particularmente durante las crisis producidas en las relaciones internacionales, en la constante búsqueda de caminos que conducen a un entendimiento pacífico. El reciente Acuerdo de Moscú sobre la supresión de experimentos nucleares y la prosecución de los contactos entre las grandes potencias que asumen una especial responsabilidad por el mantenimiento de la paz, son igualmente expresiones de tales aspiraciones amplias.

Señor Rector, estimados amigos:

Para terminar, quisiera agradecer una vez más por los honores brindados y expresar el convencimiento de que esta visita nuestra a vuestro hermoso país y los contactos con vosotros, con vuestros hombres y dirigentes, servirán a un mejor conocimiento y entendimiento mutuos, y con ello también a la causa de la paz en el mundo.